

Hay cosas que pueden esperar



- *Pero... ¿Cómo se dejó estar así..., por Dios?! -* exclamó bruscamente la médica, sin disimular la negativa emoción, con su cara desencajada, en una mezcla de horror y repugnancia. Era una profesional de muchos años de experiencia, acostumbrada a ver el drama humano desde todos los ángulos posibles. Pero ese día, conteniendo el aliento y buscando no desfallecer, tembló ante los vahos vomitivos que despedía la mama derecha de Marlene.

Sin embargo, continuó adelante y expuso la lesión al aire libre, para efectuarle aunque sea una mínima curación de limpieza. Procedió a quitarle con unas pinzas de cirugía, los pedazos de algodón embebidos en sangre, las gasas con restos de piel necrosada y una improvisada bolsita de plástico, que la misma enferma se había colocado para ocultar el tumor...

Marlene había quedado triste y viuda, hacia exactamente quince años. De su matrimonio le quedó una hija de once años, dueña de dos ojitos negros, que perforaban el alma de aquel que la miraba; otra de ocho, que casi siempre sonreía, enmarcada por un pelo tan rubio como su inocencia y un inquieto varón, de solo seis desafiantes años, pero repleto de miles de preguntas.

Los tres purretes se quedaron mirándola a Marlene, paraditos y con un dedo en la boca, aquella tarde gris en que regresaron de enterrar al padre. Sus estómagos estaban muy vacíos, tan vacíos como esa desvencijada heladera, que se esforzaba con un desarmónico ruido de cascajo, en enfriar a una humilde botella, medio llena con agua de la canilla y a un olvidado medio limón, deshidratado y viejo, recubierto del verde grisáceo de un moho invasor. O tan vacíos sus pequeños estómagos, como los bolsillos y la cartera de Marlene, que luego de revisados por enésima vez, solo respondían con la nada, ante esos dedos que buscaban hurgueteando desesperados, a una olvidada moneda.

Su mente se anudó con un angustiante dolor que le subía desde su estomago, hasta aprisionarla como un puño en la garganta. Marlene solo atinó a pedirles de rodillas, unas pálidas disculpas, sollozantes, a sus hambrientos hijos. Sola y sintiéndose culpable de haberlos hecho nacer y no poderles dar, siquiera un poco de comida, sin embargo tuvo la dicha que sus tres hijos corrieron hacia ella y la besaron.

Esa tarde se durmieron abrazados, apretujados en una cama vieja y acompañados por el monótono sonido de la lluvia contra la ventana, interrumpido por el ruido agudo de las tres pancitas, que a cada rato reclamaban un pedazo de pan o lo que fuese... Marlene, entre sueños, entre fugaces imágenes de bifés de chorizo y succulentas pizzas, le pidió a Dios que la ayudase... que le permitiese vivir hasta que su hijo menor, cumpliera los veintidós años. Solo eso y nada más... y se quedó dormida, soñando que ella misma era un jugoso bife... Y



quien sabe cuando y por qué, se despertó dudando, dudando si acaso ella no era un bife, que ahora soñaba ser Marlene...

A la otra mañana, una vecina les acercó un poco de arroz, otra el asado que sobró de una concurrida reunión familiar y otra más, unas manzanas verdes que nunca tuvieron el destino de compota que les había sonado. Superando su negra depresión y las agobiantes angustias sin color, comenzó a vender café y facturas, con un carrito al que empujaba, repleto de termos y crecientes esperanzas, sazonadas de muchas ilusiones de salir para adelante, de la mano de sus hijos. Comieron y comieron... y nunca más faltó nada en esa casa. Le parecía que incluso Dios, compartía con ella el pan, el techo y su melancolía. Y hasta sentía que ese Dios le ofrecía algunas pequeñas cosas, como un gatito recién nacido que rescató de la basura y se llevó a su casa, o un libro del Quijote, que encontró tirado junto a unos platos de porcelana de la buena - apenas cachados en sus bordes - que pusieron un toque de color y de alegría, en la única mesa multifunción de su empobrecida pero limpia casa.

Caminó entre calles y veredas, caminó entre autos y tachos de basura, caminó entre amigables *"me das un café"* y extorsionantes *"si te compro uno... ¿salís conmigo?"*. Caminó entre el sol que derretía el pavimento y el agua torrencial que borraba las veredas. Una nueva Marlene fue parida entre las lluvias y los vientos imparables... Y así fue sumando monedas tras monedas, comidas tras comidas, dignidad sobre dignidad y poco a poco, logró que sus tres hijos pasaran de grado... y logró ayudarlos en sus tareas, hasta que tuvieron buenas notas en la escuela. Y con el tiempo, sus hijos ingresaron al colegio secundario... con muy aceptables buenas notas. El miedo, la debilidad y la tristeza, quedaron tirados entre los adoquines que la veían pasar a Marlene, un poquito mejor cada mañana. Reinventándose y aprendiendo a vivir... reviviendo a cada paso.

Sus tres hijos recuperaron el peso y la sonrisa. Crecieron en altura y se cambiaron de ropa y zapatillas. Con los años, el corazón de Marlene se infló de orgullo y su cara, se le llenó de arrugas y más arrugas. De esas arrugas que lastiman... de esos dolorosos suspiros que emite el alma, cuando la afilada espada del tiempo la hiere, en cruel castigo por permitirse envejecer. Pero ella, igual sonreía satisfecha.

- *Este pecho, doctora, se me puso colorado y empezó a supurar, hace poco..., en estas últimas tres semanas* - dijo Marlene, tocándose la mama enferma.

- *¿Y porque no vino a verme antes?* - le preguntó la médica, muy preocupada, mientras se calzaba unos guantes de goma...

- *¿Por qué no vine antes a verla, doctora? Y... en los pasados diez días, mi hija mayor me dio la alegría de una hermosa nieta; la otra hija, hace una semana que se me recibió de analista de sistemas y el varón, anteayer me cumplió veintiún años y ese mismo día, se me casó...*- respondió Marlene, mientras cerraba sus ojos ante el leve dolor que le produjo, el primer chorro de desinfectante

- *¿Y qué tiene que ver, todo eso? Sigo sin entender el motivo del porque no me vino a ver... ojalá estemos todavía a tiempo de operarte* - replicó la médica aun más extrañada, mientras continuaba curando la mama y envolviéndola con gasas, embebidas en una solución fuerte de antisépticos.



- *Dios cumplió conmigo, doctora...* - respondió Marlene con una sonrisa en paz y mirando el techo del consultorio - *Él, hizo todo lo que yo le pedí. Y en estos días se cumplió mi sueño. Estos días, fueron muy importantes para mi familia... ¿Como iba a empañar la alegría de mis tres hijos o la mía, de verlos felices y hechos mujeres y hombres...? Lo mío, ya está... el cáncer ¡podía esperar! ¡Hay cosas mucho más importantes en la vida, doctora...!*

fin